

hijos; entiérranse los bogotás en ataúdes de oro; partió Jimenez de Bogotá, pasó por tierra de Conzota, que llamó valle del Espíritu Santo; fué á Turmeque, y nombróle valle de la Trompeta; de allí á otro valle, dicho Sant Juan, y en su lenguaje Tenesucha. Habló con el señor Somondoco, cuya es la mina ó cantera de las esmeraldas: fué allá, que hay siete leguas, y sacó muchas. El monte donde está el minero de las esmeraldas es alto, raso, pelado, y á cinco grados de la Equinocial á nosotros. Los indios para sacarlas hacen primero ciertos encantos y hechizos por saber cuál es buena veta; vinieron á monton para sacar el quinto y repartir mil y ochocientas esmeraldas, entre grandes y pequeñas, que las comidas y hurtadas no se contaron; riqueza nueva y admirable, y que jamás se vió tanta ni tan fina piedra junta. Otras muy muchas se han hallado después acá por aquella tierra, empero este fué el principio; cuyo hallazgo y honra se debe á este letrado Jimenez: notaron mucho los españoles que, habiendo tal bendición de Dios en lo alto de aquel serrejon, fuese tan estéril tierra, y en lo llano que criasen los moradores hormigas para comer, y tan simples los hombres, que no saliesen á trocar aquellas ricas piedras por pan; creo que indios se dan poco por piedras. También hubo el licenciado Jimenez en este viaje, que fué de poco tiempo, trecientos mil ducados en oro; ganó asimesmo muchos señores por amigos, que se ofrecieron al servicio y obediencia del Emperador. Las costumbres, religion, traje y armas de lo que llaman Nueva-Granada son como en Bogotá, aunque algunas gentes se diferencian: los panches, enemigos de bogotás, usan paveses grandes y livianos, tiran flechas como caribes, comen todos los hombres que captivan, después y antes de sacrificados, en venganza; puestos en guerra, nunca quieren paz ni concierto, y si les cumple, sus mujeres la piden, que no pierden ánimo ni hora, como perderian ellos. Llevan sus ídolos á la guerra por devoción ó esfuerzo; cuando se los tomaban españoles, pensaban que lo hacían de devotos, y era por ser de oro y por quebrallos; de que mucho se entristecian. Sepúltanse los de Tunja con mucho oro; y así, había ricos enterramientos; las palabras del matrimonio es el dote en mueble; que raíces no dan, ni guardan mucho parentesco. Llevan á la guerra hombres muertos que fueron valientes, para animarse con ellos, y por ejemplo que no han de huir mas que ellos, ni dejarlos en poder del enemigo; los tales cuerpos están sin carne, con sola el armadura de los huesos asidos por las coyunturas. Si son vencidos, lloran y piden perdon al sol de la injusta guerra que comenzaron; si vencen, hacen grandes alegrías, sacrifican los niños, captivan las mujeres, matan los hombres aunque se rindan, sacan los ojos al señor ó capitán que prenden, y hácenle mil ultrajes. Adoran muchas cosas, y principalmente al sol y luna; ofrecen tierra, haciendo primero della ciertas ceremonias y vueltas con la mano; los salumerios son de yerbas, y á revuelta dellas que man oro y esmeraldas, que es su devoto sacrificio; sacrifican también aves para rosciar los ídolos con la sangre. Lo santo es sacrificar en tiempo de guerra hombres captivos en ella, ó esclavos comprados y traídos de léjos tierras; atan los malhechores á dos palos por piés,

brazos y cabellos; hay guerras sobre caza; dicen que hay tierra donde las mujeres reinan y mandan; no miran al sol, por acato, ni al señor. Reprehendian mucho á los españoles, que miraban de hito á su capitán. Ciento y cincuenta leguas el río arriba hacen sal de raspaduras de palma y orinas de hombre, y es la gente de Indias que menos sin voces y ruido compran y venden. Es tierra que ni enfada la ropa ni la lumbre, aunque está cerca de la tórrida zona; el año de 47 puso el Emperador chancillería en la Nueva-Granada como está en la vieja, de solós cuatro oidores.

Venezuela.

Todo lo que hay del cabo de la Vela al golfo de la Paria descubrió Cristóbal Colon en el año 1498. Caen en esta costa Venezuela, Curiana, Chiribichi y Cumaná y otros muchos ríos é puertos. El primer gobernador que pasó á Venezuela fué Ambrosio de Alfinger, alemán, en nombre de los Belzares, mercaderes riquísimos á quien el Emperador empeñó esta tierra; fué año de 28. Hizo algunas entradas con los que llevó, conquistó muchos indios, y al fin murió de un flechazo con yerba que le dieron caribes por la garganta, y los suyos vinieron á tanta hambre, que comieron perros y tres indios. Sucedióle Jorge Spira, también alemán, y que fué allá el año de 35; la reina doña Isabel no consentía pasar á Indias, sino á gran importunación, hombre que no fuese su vasallo. El Rey Católico dejó ir allá, después que murió ella, á los suyos de los reinos de Aragón; el Emperador abrió la puerta á los alemanes y extranjeros en el concierto que hizo con la compañía destes Belzares, aunque agora mucho cuidado y rigor se tiene para que no vayan ni vivan en las Indias sino españoles. Venezuela es obispado, y la silla está en Coro; el primer obispo fué Rodrigo de Bastidas, y no el descubridor. Dijose Venezuela porque está edificada dentro en agua sobre peña llana, y en un lago que llaman Maracaibo, y los españoles, de Nuestra Señora; son las mujeres mas gentiles que sus vecinas, pintanse pecho y brazos, van desnudas, cúbrenselo con un hilo; esles vergüenza si no lo traen, y si alguno se lo quita, las injuria. Las doncellas se conocen en el color y tamaño del cordel, y traello así es señal certísima de virginidad; en el cabo de la Vela traen por la horcajadura una lista de algodón no mas ancha que un jeme; en Tarare usan sayas hasta en piés con capillas; son tejidas en una pieza, que no llevan costura ninguna; ellos en general meten lo suyo en cañutillos, y los enotos atan la capilla por cubrir la cabeza. Hay muchos sodomíticos que no les falta para ser del todo mujer, sino tetas y parir; adoran ídolos, pintan al diablo como le hablan y ven, también se pintan todos ellos el cuerpo, y el que vence, prende ó mata ó otro, ora sea en guerra, ora en desafío, con que á traición no sea, se pinta un brazo por la primera vez, la otra los pechos, y la tercera con un verdugo de los ojos á las orejas, y esta es su caballería. Sus armas son flechas con yerba, lanzas de á veinte y cinco palmos, cuchillos de caña, porras, hondas, adargas muy grandes de corteza y cuero. Los sacerdotes son médicos; preguntan al enfermo si cree que lo pueden ellos sanar, traen la mano por el dolor, llaga ó postema, rig-

tan y chupan con una paja; si no sana, echan la culpa al paciente ó á los dioses (que así hacen todos los médicos). Lloran de noche al señor que muere; el lloro es cantar sus proezas: tuéstanlo, muélenlo, y echado en vino, se lo beben, y esto es gran honra; en Zompachai entierran los señores con mucho oro, piedras y perlas, y sobre la sepultura hincan cuatro palos en cuadro, emparaméntalos, y cuelgan allí dentro armas, plumajes y muchas cosas de comer y beber. En Maracaibo hay casas sobre postes en agua, que pasan barcos por debajo; allí aprendió Francisco Martín á curar con humo, soplos y bramidos.

El descubrimiento de las perlas.

Antes que mas adelante pasemos, pues hay perlas en mas de cuatrocientas leguas de costa que ponen del cabo de la Vela al golfo de Paria, es bien decir quién las descubrió. En el viaje tercero que Cristóbal Colon hizo á Indias, año de 1498, ó (según algunos) 7, llegó á la isla Cubagua, que llamó de Perlas. Envió un batel con ciertos marineros á tomar una barca de pescadores, para saber qué pescaban y qué gente eran. Los marineros siguieron la barca, que de miedo, habiendo visto aquellos grandes navíos, huía. No la pudieron alcanzar. Llegaron á tierra, donde los indios pararon su barca y aguardaron. No se alteraron ni llamaron gente, antes mostraron alegría de ver hombres barbados y vestidos á la marinesca. Un marinero quebró un plato de Málaga, y salió á rescatar con ellos y á mirar la pesca, porque vió entre ellos una mujer con gargantillas de aljófar al cuello. Hubo á trueco del plato (que otra cosa no sacó) ciertos hilos de aljófar blanco y granado, con que se tornaron á las naos muy alegres. Colon, por certificarse mas y mejor, mandó ir otros con cascabeles, agujas, tijeras y cascos de aquel mismo barro valenciano, pues lo querian y preciaban. Fueron pues, y trajeron mas de seis marcos de aljófar menudo y grueso con muchas buenas perlas entre ello. «Dígovos que estáis, dijo Colon entonces á los españoles, en la mas rica tierra del mundo: demos gracias al Señor.» Maravillóse de ser tan crecido todo aquel aljófar, ca de ver tanto no cabía de placer. Entendió que los indios no hacían caso de lo muy menudo por tener harto de lo granado, ó por no saber agujerarlo. Dejó Colon la isla y acercóse á tierra, que andaba mucha gente por la marina, para ver si había también allá perlas. Estaba la costa cubierta de hombres, mujeres y niños que salían á mirar los navíos, cosa para ellos extraña. El señor de Cumaná, que así llamaban aquella tierra y río, envió á rogar al capitán de la flota que desembarcase y seria bien recibido. Mas él, aunque hacían gestos de amor los mensajeros, no quiso ir, temiendo alguna zalagarda, ó porque los suyos no se quedasen allí si había tantas perlas como en Cubagua. Tornaron luego muchos indios á las naos; entraron en ellas, y quedaron espantados de los vestidos, espadas y barbas de los españoles; de los tiros, jarcias y obras muertas de las naos, y aun los nuestros se santiguaron y gozaron en ver que todos aquellos indios traían perlas al cuello y muñecas. Colon les demandaba por señas donde las pescaban. Ellos señalaban con el dedo la isla y la costa. Envió entonces Colon á tierra

dos bateles con muchos españoles, para mayor certificación de aquella nueva riqueza, y porque todos le importunaron. Hubo tanto concurso de gente á ver los extranjeros, que no se podían valer. El señor los llevó al lugar á una casa redonda que parecía templo, donde los sentó en banquillos muy labrados de palma negra. Sentóse también él, un hijo suyo, y otros que debían ser caballeros; trajeron luego mucho pan y frutas de diversas suertes, y algunas que aun no las conocían españoles. Trajeron eso mismo razonable vino tinto y blanco, hecho de dátiles, grano y raíces; diéronles al cabo perlas en colación por confites. Lleváronlos después á palacio á ver las mujeres y aparato de casa. No había ninguna dellas, aunque había muchas, que no tuviesen ajoreas de oro y gargantillas de perlas. Holgaron, teniendo palacio con ellas, una gran pieza; que eran amorosas, y para ir desnudas, blancas, y para ser indias, discretas. Los que van al campo están negros del sol. Volviéronse los españoles á los navíos, admirados de tantas perlas y oro. Rogaron á Colon que los dejase allí; mas él no quiso, diciendo ser pocos para poblar. Alzó velas, corrió la costa hasta el cabo de la Vela, y de allí se vino á Santo Domingo con propósito de volver á Cubagua en ordenando las cosas de su gobernación. Disimuló el gozo que sintía de haber hallado tanto bien, y no escribió al Rey el descubrimiento de las perlas, ó á lo menos no lo escribió hasta que ya lo sabían en Castilla; lo cual fué gran parte que los Reyes Católicos se enojasen y lo mandasen traer preso á España, según ya contamos. Dicen que lo hizo por capitular de nuevo y haber para sí aquella rica isla; que no era tal, que pensase encubrir el descubrimiento al Rey, que tiene muchos ojos. Mas tardó á decir y tratarlo con la ocupación que tuvo en lo de Roldán Jimenez.

Otro gran rescate de perlas.

Los mas de los marineros que iban con Cristóbal Colon cuando halló las perlas, eran de Palos, los cuales se vinieron á España y dijeron en su tierra lo de las perlas, y aun mostraron muchas y las llevaron á vender á Sevilla, de donde se supo en corte y en palacio. A la mucha fama armaron algunos de allí, como fueron los Pinzones y los Niños. Aquellos se tardaron por llevar cuatro carabelas, y fueron al cabo de Sant Augustin, como despues dirémos. Estos, levantando el pensamiento á la codicia, aprestaron luego un navío, hicieron capitán dél á Peralonso Niño, el cual hubo de los Reyes Católicos licencia de ir á buscar perlas y tierra, con tal que no entrase en lo descubierta por Colon con cincuenta leguas. Embarcóse pues el agosto de 1499 con treinta y tres compañeros, que algunos fueran con Cristóbal Colon. Navegó hasta Paria, visitó la costa de Cumaná, Maracapaná, Puerto-Flechado y Curiana, que cae junto á Venezuela. Saló allí en tierra, y un caballero que vino á la marina con cincuenta indios, lo llevó amigablemente á un gran pueblo á tomar el agua, refresco y rescate que buscaba. Comió, y rescató en un momento quince onzas de perlas á trueco de alfileres, sortijas de cuerno y estaño, cuentas de vidrio, cascabeles y semejantes cosillas. Otro día surgió con la nao en par de aquel lugar. Acudió tanta muchedumbre de indios á la

ribera por mirar la nave y por haber quinquillería, que los españoles no osaban salir. Convidábanlos á rescatar á la nao, y ellos á la tierra; salieron en fin, como se metían dentro en ella sin armas, y por verlos mansos, simples y ganosos de llevarlos á su pueblo. Estuvieron en el pueblo veinte dias feriendo perlas. Dábanles una paloma por una aguja, una tórtola por una cuenta de vidrio, un faisán por dos, un gallipavo por cuatro. Dábanles tambien por aquel precio conejos y cuartos de venado. Preguntaban de que les servirían las agujas, pues andando desnudos no tenían qué coser. Dijéronles que de sacar espinas, pues iban descalzos. No había cosa en la tienda que mas les agradase que cascabeles y espejos, y así daban mucho por ellos. Traían los hombres anillos de oro y joyeles con perlas, hechos aves, peces y animalitos. Preguntaron del oro; respondieron que lo traían de Caucheto, seis soles de allí: fueron allá, pero no trujeron sino monas y papagayos. Vieron empero cabezas de hombres clavadas á las puertas por ufania. Tenían aquestos de Curiana toque para el oro y peso para pesarlo, que no se ha visto en otro cabo de las Indias. Andan los hombres desnudos, sino lo que cubren con cuellos de calabaza ó caña ó caracol. Algunos empero hay que se lo atan para dentro. Traen los cabellos largos y son algo crespos; traen muy blancos dientes con traer siempre cierta yerba en la boca, que hiede. Son gentiles ollereros: las mujeres labran la tierra, que los hombres atienden á la guerra y caza, y si no, danse al placer; usan vino de dátiles, erian en casa conejos, patos, tórtolas y otras muchas aves. Produce la tierra orchilla y cañafistola. Cargó dello su nao Peralonso Niño, y vino á España en sesenta dias de navegacion. Aportó á Galicia con noventa y seis libras de aljófar, en que había grandísima cantidad de perlas finas orientales, redondas, y de cinco y seis quilates, y algunas de mas; empero no estaban bien agujeradas, que era mucha falta. Riñeron en el camino sobre la particion, y acusaron ciertos marineros al Peralonso Niño delante Hernando de Vega, señor de Grajales, que á la sazón era gobernador allí en Galicia, diciendo que había hurtado muchas perlas y engañado al Rey en su quinto, y rescatado en Cumaná y otras partes que había Colon andado. El Gobernador prendió al Peralonso, mas no le hizo al que tenerlo en la cárcel mucho tiempo; donde se comió hartas perlas, y dijo cómo había costeadó tres mil leguas de tierra hácia poniente, que se quería ir hasta Higueras.

Cumaná y Maracapana.

Cumaná es un rio que da nombre á la provincia, donde ciertos frailes franciscos hicieron un monesterio, siendo vicario fray Juan Garcés, año de 16, cuando los españoles andaban muy dentro en la pesquera de las perlas de Cubagua. Fueron luego tres frailes dominicos que andaban en aquella isla á Piritu de Maracapana, veinte leguas al poniente de Cumaná. Comenzaron á predicar (como los franciscos) y á convertir, mas comiéronselos unos indios. Sabida su muerte y martirio, pasaron allá otros frailes de aquella órden, y fundaron un monesterio en Chiribichi, cerca de Maracapana, que llamaron Santa Fe. Los religiosos que residian en

los monesterios hicieron grandísimo fruto en la conversion; enseñaron á leer y escribir y responder á misa á muchos hijos de señores y gente principal. Estaban los indios tan amigos de los españoles, que los dejaban ir solos la tierra adentro y cien leguas de costa. Duró dos años y medio esta conversion y amistad; ca en fin del año de 19 se rebelaron y renegaron todos aquellos indios por su propia malicia, ó porque los echaban al trabajo y pesquería de perlas. Maracapaneses mataron en obra de un mes cien españoles recién llegados al rescate. Fueron capitanes de la rebelion dos caballeros mancebos criados en Santa Fe; y donde mas crueles se mostraron fué en el mesmo monesterio; ca mataron todos los frailes, á uno diciendo misa y á los demás oficiándola. Mataron asimismo cuantos indios dentro estaban, y hasta los gatos; quemaron la casa y la iglesia; los de Cumaná pusieron tambien fuego al monesterio de franciscos; huyeron los frailes con el Sacramento en una barca á Cubagua; asolaron la casa, talaron la huerta, quebraron la campana, despedazaron un crucifijo y pusieronlo por los caminos como si fuera hombre; cosa que hizo temblar á los españoles de Cubagua. Martirizaron á un fray Dionisio, que turbado, no supo ó no pudo entrar en la barca con los otros sus compañeros. Estuvo seis dias escondido en un carrizal sin comer, esperando que viniesen españoles. Salió con hambre y con esperanza que los indios no le harían mal, pues muchos eran sus hijos en la fe y bautismo. Fué al lugar y encomendóseles; ellos le dieron de comer tres dias sin le decir mal, en los cuales estuvo siempre de rodillas llorando y rezando, segun después confesaron los malhechores. Debatieron mucho sobre su muerte, ca unos lo querian matar y otros salvar; mas á la fin le arrastraron del pescuezo por consejo de uno que cristiano llamaban Ortega. Acoceáronle é hiciéronle otros vituperios. Estaba de rodillas puesto en oracion cuando le dieron con las porras en la cabeza para matalle, que así lo rogó él. El almirante don Diego Colon, audiencia y oficiales del Rey, que supieron esto, despacharon luego allá á Gonzalo de Ocampo con trecientos españoles, el cual fué año de 20 á Cumaná. Usó de mañoso ardid para tomar los malhechores. Surgió con sus navios junto á Cumaná, y mandó que ninguno dijese cómo venían de Santo Domingo, porque los indios entrasen á las naos y allí los prendiese sin sangre ni peligro. Preguntaron los indios desde la costa de dónde venían. Respondieron que de Castilla. No lo creían, y decían: «Haiti, Haití.» «No, Castilla, replicaron, Castilla, Castilla, España»; y convidábanlos á las naos. Ellos enviaron á mirar si era verdad con achaque de llevarles pan y cosas de rescate. Gonzalo de Ocampo metió los soldados so sota disimulo; agradeciéoles su ida y comida, rogándoles que le trajesen mas. Creyeron los indios que venían de Castilla muy bozales, como no vieron soldados, y tornaron allá muchos de los rebeldes con pensamiento de sacarlos á tierra y matarlos. Gonzalo de Ocampo sacó los soldados y prendió los indios. Tomóles su confesion; confesaron la muerte de los españoles y quema de los monesterios. Ahorcólos de las antenas y fuése á Cubagua. Quedaron los indios que miraban de la marina atónitos y medrosos. Asentó Gonzalo de Ocampo real en Cu-

bagua, y velia á Cumaná á hacer guerra y correrías. Mató muchos indios en veces, y los mas que prendió justificó por rigor. Diéronse perdidos los mezquinos si aquella guerra duraba, y pidieron perdon y paz. Ocampo la hizo con ellos y con el cacique don Diego, el cual le ayudó á fabricar la villa de Toledo, que hizo á la ribera del rio, media legua del mar.

La muerte de muchos españoles.

Estaba el licenciado Bartolomé de las Casas, clérigo, en Santo Domingo al tiempo que florecían los monesterios de Cumaná y Chiribichi, y oyó loar la fertilidad de aquella tierra, la mansedumbre de la gente y abundancia de perlas. Vino á España, pidió al Emperador la gobernacion de Cumaná, informóle cómo los que gobernaban las Indias le engañaban, y prometiéndole de mejorar y acrecentar las rentas reales. Juan Rodríguez de Fonseca, el licenciado Luis Zapata y el secretario Lope de Conchillos, que entendían en las cosas de Indias, le contradijeron con informacion que hicieron sobre él; y lo tenían por incapaz del cargo, por ser clérigo y no bien acreditado, ni sabidor de la tierra y cosas que trataba. Él entonces favorecióse de mosiur de Laxao, camarero del Emperador, y de otros flamencos y borgoñones, y alcanzó su intento por llevar color de buen cristiano en decir que convertiría mas indios que otro ninguno con cierta órden que ponia, y porque prometia enriquecer al Rey y enviarles muchas perlas. Venían entonces muchas perlas, y la mujer de Xebres hubo ciento y sesenta marcos dellas que vinieron del quinto, y cada flamenco las pidia y procuraba. Pidió labradores para llevar, diciendo no harían tanto mal como soldados, desuellacaras, avarientos é inobedientes. Pidió que los armase caballeros de espuela dorada, y una cruz roja, diferente de la de Calatrava, para que fuesen francos y ennoblecidos. Diéronle, á costa del Rey, en Sevilla navios y matalotaje y lo que mas quiso, y fué á Cumaná el año de 20 con obra de trecientos labradores que llevaban cruces, y llegó al tiempo que Gonzalo de Ocampo hacia á Toledo. Pesóle de hallar allí tantos españoles con aquel caballero, enviados por el Almirante y Audiencia, y de ver la tierra de otra manera que pensaba ni dijera en corte. Presentó sus provisiones, y requirió que le dejasen la tierra libre y desembargada para poblar y gobernar. Gonzalo de Ocampo dijo que las obedecia, pero que no cumplia cumplirlas, ni lo podia hacer sin mandamiento del gobernador é oidores de Santo Domingo, que lo enviaran. Burlaba mucho del clérigo, que lo conocia de allá de la vega por ciertas cosas pasadas, y sabia quién era; burlaba eso mesmo de los nuevos caballeros y de sus cruces, como de Sant Benitos. Corriase mucho desto el licenciado, y pesábale de las verdades que le dijo. No pudo entrar en Toledo, é hizo una casa de barro y palo, junto á do fué el monesterio de franciscos, y metió en ella sus labradores, las armas, rescate y bastimento que llevaba, y fuése á querellar á Santo Domingo. El Gonzalo de Ocampo se fué tambien, no sé si por esto ó por enojo que tenia de algunos de sus compañeros, y tras él se fueron todos; y así, quedó Toledo desierto y los labradores solos. Los indios, que holgaban de aquellas pasiones y discordia

de españoles, combatieron la casa y mataron casi todos los caballeros dorados. Los que huir pudieron acogiéronse á una carabela, y no quedó español vivo en toda aquella costa de perlas. Bartolomé de las Casas, como supo la muerte de sus amigos y pérdida de la hacienda del Rey, metióse fraile dominico en Santo Domingo; y así, no acrecentó nada las rentas reales, ni ennoblecio los labradores, ni envió perlas á los flamencos.

Conquista de Cumaná y poblacion de Cubagua.

Perdia mucho el Rey en perderse Cumaná, porque cesaba la pesca, trato de las perlas de Cubagua; y para ganarla enviaron allá el Almirante y Audiencia á Jacome Castellon con muchos españoles, armas y artillería. Este capitán emendó las faltas de Gonzalo de Ocampo, Bartolomé de las Casas y otros que habían ido con cargo y gente á Cumaná. Guerreó los indios, recobró la tierra, rehizo la pesquería; hinchó de esclavos á Cubagua, y aun á Santo Domingo; edificó un castillo á la boca del rio, que aseguró la tierra y la agua. Desde allí, que fué año de 23, anda la pesca del aljófar en Cubagua, donde tambien comenzó la Nueva-Cáliz para morar los españoles. A Cubagua llamó Colon isla de Perlas; boja tres leguas; está en casi diez grados y medio de la Equinocial acá; tiene á una legua por hácia el norte la isla Margarita, y á cuatro hácia el sur la punta de Araya, tierra de mucha sal; es muy estéril y seca, aunque llana; solitaria, sin árboles, sin agua; no había sino conejos y aves marinas; los naturales andaban muy pintados, comían ostias de perlas, traían agua de Tierra-Firme por aljófar. No se sabe que isla tan chica como esta rente tanto y enriquezca sus vecinos. Han valido las perlas que se han pescado en ella, después acá que se descubrió, dos millones; mas cuestan muchos españoles, muchos negros y muchísimos indios. Traen agora leña de la Margarita y agua de Cumaná, que hay siete leguas. Los puercos que llevaron se han diferenciado, ca les crece un jeme las uñas hácia arriba, que los afea. Hay una fuente de licor oloroso y medicinal, que corre sobre la agua del mar tres y mas leguas. En cierto tiempo del año está la mar allí bermeja, y aun en muy gran trecho de la Tierra-Firme, á causa que desovan las ostias ó que les viene su purgacion, como á mujer, segun afirman. Andan asimesmo, porque no falten fábulas, cerca de Cubagua peces que de medio arriba parecen hombres en las barbas y cabello y brazos.

Costumbres de Cumaná.

Los desta tierra son de su color; van desnudos, sino es el miembro, que atan para dentro, ó que cubren con cuellos de calabazas, caracoles, cañas, listas de algodón y cañutillos de oro. En tiempo de guerra se ponen mantas y penachos; en las fiestas y bailes se pintan ó tiznan ó se untan con cierta goma é unguento pegajoso como liga, y después se empluman de muchas colores, y no parecen mal los tales emplumados. Córtese los cabellos por empar del oido; si en la barba les nace algun pelo, arráncanselo con espinzas, que no quieren allí ni en medio del cuerpo pelos, aunque de suyo son esbarbados y lampiños. Préciense de tener muy ne-

gros los dientes, y llaman mujer al que los tiene blancos, como en Curiana, y al que sufre barba, como español, animal. Hacen negros los dientes con zumo ó polvo de hojas de árbol, que llaman ahí, las cuales son blandas como de terebinto y hechura de arrayan. A los quince años, cuando comienzan á levantar la cresta, toman estas yerbas en la boca, y tráenlas hasta ennegrecer los dientes como el carbon; dura después la negrura toda la vida, y ni se pudren con ella ni duelen. Mezclan este polvo con otro de cierto palo y con caracoles quemados, que parece cal, y así abrasa la lengua y labrios al principio. Guárdanlo en espuestas y cestas de caña y verga, para vender y contratar en los mercados, que de muy lejos vienen por ello con oro, esclavos, algodón y otras mercaderías. Las doncellas van de todo punto desnudas; traen senogiles muy apretados por debajo y encima de las rodillas para que los muslos y pantorrillas engorden mucho, que lo tienen por hermosura; no se les da nada por la virginidad. Las casadas traen zaragüelles ó delantales, viven honestamente; si cometen adulterio llevan repudio; el cornudo castiga á quien lo hizo. Los señores y ricos hombres toman cuantas mujeres quieren; dan al huésped que á su casa viene, la mas hermosa; los otros toman una ó pocas. Los caballeros encierran sus hijas dos años antes que las casen, y ni salen fuera, ni se cortan el cabello durante aquel encerramiento. Convidan á las bodas sus deudos, vecinos y amigos. De los convidados, ellas traen la comida y ellos la casa. Digo que presentan ellas tantas aves, pescado, frutas, vino y pan á la novia, que basta y sobra para la fiesta; y ellos traen tanta madera y paja, que hacen una casa donde meter los novios. Bailan y cantan á la novia mujeres y al novio hombres; corta uno los cabellos á él y una á ella, por delante solamente; que por detrás no les tocan. Atavianlos muy bien segun su traje; comen y beben hasta emborrachar. En siendo noche dan al novio su esposa por la mano, y así quedan velados; estas deben ser las mujeres legítimas, pues las demás que su marido tiene, las acatan y reconocen. Con estas no duermen los sacerdotes, que llaman piaches, hombres santos y religiosos, como después diré, á quien dan las novias á desvirgar, que lo tienen por honrosa costumbre. Los reverendos padres toman aquel trabajo por no perder su preminencia y devoción, y los novios se quitan de sospecha, queja y pena. Hombres y mujeres traen ajorcas, collares, arracadas de oro y perlas si las tienen, y si no, de caracoles, huesos y tierra, y muchos se ponen coronas de oro ó guirlandas de flores y conchas. Ellos traen unos anillos en las narices, y ellas bronchas en los pechos, con que á prima vista se diferencian. Corren, saltan, nadan y tiran un arco las mujeres tan bien como los hombres, que son en todo diestros y sueltos. Al parir no hacen aquellos extremos que otras, ni se quejan tanto; aprietan á los niños la cabeza muy blando, pero mucho, entre dos almohadillas de algodón para ensancharles la cara, que lo tienen por hermosura. Ellas labran la tierra y tienen cuidado de la casa; ellos cazan ó pescan cuando no hay guerra, aunque á la verdad son muy holgazanes, vanagloriosos, vengativos y traidores; su principal arma es flecha enhervolada. Aprenden de niños, hombres y mu-

jes, á tirar al blanco con bodoques de tierra, madera y cera. Comen erizos, comadreas, morciégalos, langostas, arañas, gusanos, orugas, avejas y piojos crudos, cocidos y fritos. No perdonan á cosa viva por satisfacer á la gula; y tanto mas es de maravillar que comen semejantes sabandijas y animales sucios, cuanto tienen buen pan y vino, frutas, peces y carne. El agua del rio Cumaná engendra nubes en los ojos; y así, ven poco los de aquella ribera, ó que lo haga lo que comen. Cierran los huertos y heredades con un solo hilo de algodón, ó hejuco que llaman, no en mas alto que á la cintura. Es grandísimo pecado entrar en tal cercado por encima ó por debajo de aquella pared, y tienen creído que muere presto quien la quebranta.

La caza y pesca de cumaneses.

Son cumaneses muy continos y certeros cazadores; matan leones, tigres, pardos, venados, javalís, puercoespín, y toda cuatropéa, con flecha, red y lazo. Toman un animal que llaman capa, mayor que asno, velloso, negro y bravo, aunque huye del hombre; tiene la pata como zapato francés, aguda por detrás, ancha por delante y algo redonda. Persigue los perros de acá, y una capa mata tres y cuatro dellos juntos. Usan una montería deleitosa con otro animal dicho aranata, que por su gesto y astucia debe ser del género de monas; es del tamaño de galgo, hechura de hombre, en boca, piés y manos, tiene honrado gesto y la barba de cabron, andan en manadas, aullan recio, no comen carne, suben como gatos por los árboles, huyen el cuerpo al montero, toman la flecha y arrójnla al que la tiró graciosamente; paran redes á un animal que se mantiene de hormigas, el cual tiene un hocico de palmo, y un agujero por boca; pónense en los hormigueros ó hueco de árboles donde las hay, saca la lengua y traga las que suben; arman lazos en sendas y bebederos á unos gatos monteses, como monos, cuyos hijos son de gran pasatiempo y recreación, graciosos y regocijados; andan con ellos las madres abrazadas de árbol en árbol. Cazan otro animal muy feo de rostro, gesto de zorro, pelo de lobo sarnoso, hediondísimo, y que caga culebras delgadas y largas y de poca vida. Los frailes dominicos tuvieron uno dellos en Santa Fe, que por no poder sufrir el hedor le mataron, y vieron ir al campo las culebrillas que cagó, mas luego se murieron; y siendo tal, lo comen los indios. También hay otro animal cruel, de que se mucho espantan; de miedo del cual llevan tizonas de noche por el camino do los hay; nunca parece de día, y pocas veces de noche, y entonces muy temprano; anda por las calles, llora muy recio como un niño para engañar la gente, y si alguno sale á ver quién llora, cómeselo. No es mayor que galgo, segun fray Tomás Ortiz y otros frailes dominicos y franciscos contaban; comen encubiertos, que hay muchos. Hay tantas yaguanas, que destruyen la hortaliza y sembrados; son golosas por melones que llevaron de acá; y así, matan muchas en melonares; son mañosos en tomar aves con liga, redes y arco. Es tanta la volatería, especial de papagayos, que pone admiración; y unos como cuervos, pico de águila, grandor de pato; perezosos en volar como abutardas; mas que viven de rapi-

ña y huelen á almizcle. Los morciégalos son grandes y malos, muerden recio, chupan mucho. En Santa Fe de Chiribichi acaesció á un criado de los frailes que teniendo mal de costado, no le hallaron vena para sangrar, y dejáronlo por muerto: vino un morciégallo y mordióle aquella noche del tobillo, que topó descubierto; harto se dejó abierta la vena, y salió tanta sangre por allí, que sanó el doliente; caso gracioso, y que los frailes contaban por milagro. Hay cuatro suertes de mosquitos dañosos, y los menores son peores; los indios, porque no los piquen durmiendo en el campo, se entierran ó se cubren de yerba ó rama. Hay dos maneras de abispas; unas malas que andan por el campo, y otras peores que no salen de poblado; tres diferencias de abejas; las dos crían en colmenas buena miel, y la otra es chiquita, negra, silvestre, y saca miel sin cera por los árboles. Las arañas son mucho mayores que las nuestras, de diversas colores y hermosas á la vista; tejen sus telas tan recias, que han menester fuerzas para rompellas. Hay unas salamabras como la mano, que mordiendo matan, y cacarean de noche como pollas. Pescan de muchas maneras, con anzuelos, con redes, con flechas, fuego y ojeo; no pueden pescar todos ni en todas partes, ca en Anoantal, donde anduvo Antonio Sedeño, al que pesca sin licencia del señor es pena que le coman. Juntanse para pescar á ojeo muchos que sean grandes nadadores, y todos lo son por amor desto y de las perlas; y á los tiempos de cada pescado, como de besugos en Vizcaya, ó en Andalucía de atunes, entran en la mar, pónense en hila, nadan, chillan, apalean el agua, cercan los peces, enciérranlos como en jábega, y poco á poco los sacan á tierra, y en tanta cantidad, que espanta; esta es la mas nueva manera de pescar que he oido. Peligran muchos, porque ó se los comen lagartos, ó los destripan otros peces por huir, ó se ahogan. Otra manera de pescar tienen extraña, empero segura, y como ellos dicen, caballerosa: van de noche en barcas con tizonas y tedas ardiendo; encandilan los peces, que, abobados ó ciegos de la vislumbre, se paran y vienen á las barcas, y allí los flechan y harponan; todos los peces desta pesca son muy grandes; sálanlos ó desécánlos al sol, enteros ó en tasajos; unos asan para que se conserven, y otros cuecen y amasan; adóbanlos, en fin, porque no se corrompan, para vender entre año. Toman grandísimas anguilas ó cóngricos, que se suben de noche á las barcas, y aun á los navios; matan los hombres y cómeselos.

De cómo hacen la yerba ponzoñosa con que tiran.

Las mujeres, como dije, tienen por la mayor parte el cuidado y trabajo de la labranza; siembran maíz, ají, calabazas y otras legumbres; plantan batatas, y muchos árboles que riegan de ordinario; pero el de que mas cuidado tienen es del hay, por amor de los dientes. Crían tunas y otros árboles que, punzados, lloran un licor como leche, que se vuelve goma blanca, muy buena para sahumar los ídolos; otro árbol mana un humor que se pone como cuajadillas, y es bueno de comer; otro árbol hay, que algunos llaman guarcima, cuya fruta parece mora, y aunque dura, es de comer, y hacen della arrope, que sana la ronquera; de la ma-

dera, estando seca, sacan lumbre como de pedernal; otro árbol hay muy alto y oloroso que parece cedro, cuya madera es muy buena para cajones y arcas de ropa, por su buen olor; empero si meten pan dentro, no hay quien lo coma de amargo; es eso mesmo buena para naos; que no la come broma ni se carcome. Hay también otro árbol que echa liga, con que toman pájaros y con que se untan y empluman; es grande y no pasa de diez años. Lleva de suyo la tierra cañafistolos, mas ni comen la fruta ni conocen su virtud. Hay tantas rosas, flores y olorosas yerbas, que dañan la cabeza y que vencen al almizcle, aunque lo traigan en las narices; hay tantas langostas, orugas, cocos, arañuelos y otros gusanos, que destruyen los frutales y sembrados, y gorgojo que roe el maíz; hay un manadero de cierto betun, que encendido, arde y dura como fuego de alquitran, del cual se aprovechan para muchas cosas. Tiran con yerba de muchas maneras, simple y compuesta: simples son sangre de las culebras que llaman áspides, una yerba que parece sierra, goma de cierto árbol, las manzanas ponzoñosas que dije, de santa Marta; la mala es hecha de la sangre, goma, yerba y manzanas que digo, y cabezas de hormigas venenosísimas. Para conficionar esta mala yerba encierran alguna vieja, danle los materiales y leña con que lo cueza; ella los cuece dos y tres días, y hasta que se purifiquen; si la tal vieja muere del tufo ó se desmaya reciamente, loan mucho la fuerza de la yerba; mas si no, derrámanla y castigan la mujer. Esta debe ser con que tiran los caribes y á la que remedio no hallaban españoles; cualquiera hombre que de la herida escapa, vive doloroso; no ha de tocar mujer, que no se refresque la llaga, no ha de beber ni trabajar, que no llore. Las flechas son de palo recio y tostado, de juncos muy duros, y creo que los que traen acá para gotosos y viejos; pónenles por hierro pedernal y huesos de peces duros y enconados. Los instrumentos que tañen en guerra y bailes son flautas de huesos de venados, flautones de palo como la pantorrilla, caramillos de caña, atabales de madera muy pintados y de calabazas grandes, bocinas de caracol, sonajas de conchas, y ostiones grandes. Puestos en guerra son crueles; comen los enemigos que matan y prenden, ó esclavos que compran; si están flacos engórdanlos en caponera, que así hacen en muchos cabos.

Bailes é ídolos que usan.

En dos cosas se deleitan mucho estos hombres, en bailar y beber; suelen gastar ocho días arreo en bailes y banquetes. Dejo las danzas y corros que hacen ordinariamente, y digo que para hacer un areito á bodas, ó coronación del Rey ó señor alguno, en fiestas públicas y alegrías se juntan muchos y muy galanes; unos con coronas, otros con penachos, otros con patenas al pecho, y todos con caracoles y conchas á las piernas, para que suenen como cascabeles y hagan ruido. Tiznase de veinte colores y figuras; quien mas feo va, les parece mejor. Danzan sueltos y trabados de la mano, en arco, en muela, adelante, atrás; pasean, saltan, voltean; callan unos, cantan otros, gritan todos. El tono, el compás, el meneo es muy conforme y á un tiempo,